

Dargent Bocanegra, Eduardo, 2009. *Demócratas precarios: élites y debilidad democrática en el Perú y América Latina*. 2ª ed. Lima: IEP.

Eduardo Dargent ha escrito un libro importante, una joya de claridad y cuidadosa argumentación. *Demócratas precarios* muestra que las élites en América Latina «serán sustancialmente más democráticas cuando un líder de tendencia opuesta amenace sus intereses desde el poder, o tenga posibilidad de llegar a él, pero sustancialmente menos democráticas cuando un líder de su misma tendencia apoye sus intereses desde el poder, o tenga posibilidad de llegar a él» (p. 33) En otras palabras, Dargent argumenta que las élites solo valoran la democracia mientras esta proteja sus intereses. Este compromiso democrático mínimo, puramente estratégico, está en la raíz de la inestabilidad del régimen, pues lleva a que aquellos en el poder pasen por encima de los límites democráticos en nombre de sus intereses, y que aquellos en la oposición desafíen prácticas democráticas para perseguir sus propios objetivos.

Dargent ofrece evidencia de que este patrón de compromiso estratégico existe en muchos de los países de América Latina –aunque no todos–. Incluye una detallada discusión del caso peruano de 1980 al 2008. Su diagnóstico es preciso, y debería preocupar tanto a los ciudadanos de América Latina como a los académicos interesados en la estabilidad democrática en la región. Dado que los años desde su publicación han sido «interesantes» (en el sentido de una maldición China), uno se pregunta si las predicciones del libro se han verificado. Es más, sería muy bienvenido un ensayo que evaluara si el actual presidente del Perú y sus aliados actuaron después de su victoria de acuerdo a las predicciones pesimistas de Dargent. Dejo este importante trabajo para otro comentarista, y me enfoco aquí en temas más abstractos, teóricos, que surgen de la lectura del libro.

### **Compromisos estratégicos en teorías sobre la democracia**

*Demócratas precarios* se enmarca dentro de una larga tradición académica sobre los orígenes y estabilidad de la democracia. Esta perspectiva, que uno puede denominar de «compromiso estratégico», predice precisamente el comportamiento de las élites descrito por Dargent. Robert Dahl, por ejemplo, argumenta que un régimen político persistirá en la medida en que, para un número suficiente de actores, los costos de tolerarlo superen a los costos de alterarlo. Más recientemente, y en forma más explícita, Adam Przeworski describió la democracia como un «compromiso institucional contingente» –la voluntad de aceptar un conjunto de instituciones políticas mientras produzcan resultados que uno está dispuesto a aceptar, y mientras otros actores también continúen aceptando ese conjunto de reglas–. Una versión incluso más clara de esta perspectiva se encuentra en el reciente gran trabajo de Acemoglu y Robinson sobre democracia y dictadura, donde señalan que la

democracia solo emergió porque las élites consideraron que este régimen era menos costoso que la alternativa de suprimir las demandas redistributivas en sus sociedades.

En otras palabras, para muchas «teorías persuasivas» sobre la democracia no se requiere de un compromiso normativo de los actores con este régimen político. La democracia puede emerger y persistir en el contexto de una arena política poblada por «demócratas precarios». ¿Por qué, entonces, está Dargent tan preocupado por este fenómeno? La respuesta, por supuesto, está en lo que las teorías descritas no pueden explicar: las fuentes de estabilidad y consolidación democrática. Dargent argumenta que el puro compromiso estratégico de las élites a la democracia amenaza la estabilidad de este régimen. La razón es que las élites manipulan las instituciones a su favor cuando tienen el poder, y apelan a formas no institucionales de oposición cuando están fuera de él. De esta manera, el tejido de la democracia puede rápidamente desgastarse. Dargent discute cuidadosamente cómo ello ocurrió bajo los gobiernos de Fujimori y Chávez, y en el golpe del 2009 en Honduras; se puede también observar un proceso similar desarrollándose en el Ecuador contemporáneo. El autor está en lo correcto al señalar que la supervivencia de la democracia en América Latina contemporánea (donde, aparte de Honduras, ningún golpe militar ha tenido éxito en varias décadas) no debería dejarnos muy optimistas sobre su estabilidad. Al proponer esta argumentación, Dargent resalta el talón de Aquiles de las teorías democráticas de «compromiso estratégico» en la ciencia política: no pueden explicar por qué la democracia se vuelve estable y se consolida.

### ¿Liberales precarios?

Si bien (como se señaló antes) Dargent acierta al describir la forma de actuar de las élites al identificar al «demócrata precario», la distinción entre democracia y liberalismo está ausente en su discusión. Distinguir entre acciones y actitudes antidemocráticas y antiliberales habría permitido a Dargent distinguir entre lo que podríamos llamar «liberales precarios» y «demócratas precarios». Los «liberales precarios» podrían ser definidos como aquellos con un compromiso estratégico hacia los derechos individuales, los límites al poder presidencial, y otros elementos del liberalismo, mientras que el término «demócratas precarios» podría reservarse para las élites con un compromiso estratégico con la democracia, entendida como la expresión institucional de la voluntad de la mayoría. Vale la pena hacer esta distinción (por supuesto, algunos actores entran en ambas categorías) por las tensiones fundamentales entre liberalismo y democracia. Estas tensiones tienen dos importantes efectos que presentan interesantes implicancias para el argumento de Dargent.

Primero, uno puede claramente imaginar situaciones donde las protecciones liberales y las prácticas democráticas entren en conflicto, y, al mismo tiempo, los actores en ambos lados

de la división sean en realidad parte de esos demócratas verdaderos que Dargent describe como escasos (p. 82). La retórica del «abuso del régimen» o apelar constantemente a valores democráticos podría, entonces, no necesariamente ser evidencia de un compromiso estratégico o mínimo con la democracia. Dargent responde a esta preocupación indirectamente; el autor es convincente al mostrar cómo en la práctica la retórica de individuos particulares y de sectores sociales frecuentemente cambia con la orientación ideológica del gobierno. Pero reconocer los complejos compromisos de la democracia liberal podría introducir tonos de gris y sutileza en la teoría de élites de Dargent.

Segundo (y más relevante), es la implicancia de estas tensiones para la política de masas. Mientras Dargent ofrece un limitado análisis sistemático de cómo el público percibe los llamados cínicos y egoístas de las élites, la historia revela que en muchas ocasiones estos llamados tienen un apoyo significativo. ¿Cómo podemos entender este fenómeno? Una posibilidad es asumir que la población es vulnerable a la persuasión o cooptación de las élites. Esto puede ser verdad –y el hecho de que Dargent diga poco sobre las masas sugiere que esta es su evaluación.

Pero podemos ofrecer una explicación potencialmente más satisfactoria de por qué estos llamados de las élites frecuentemente encuentran apoyo. Podemos argumentar que estos discursos de las élites, aunque egoístas y estratégicos, muchas veces resuenan en preocupaciones reales de las masas respecto a la calidad de la democracia. Apelar a derechos liberales y libertades básicas pueden ser argumentos poderosos para movilizar apoyo y legitimidad –aunque, por supuesto, estos mensajes resonarán probablemente más en algunos sectores sociales que otros–. Vemos algo así, por ejemplo, en los primeros años del Chavismo en Venezuela. Hasta el fallido golpe del año 2002, la oposición ganó apoyo apelando a la protección de instituciones liberales de las acciones contempladas en la nueva Constitución y de los actos del régimen. Estas preocupaciones liberales eran válidas para elementos de la ciudadanía. Y es muy probable que en el contexto de alta desigualdad económica y social, apelar a discursos democráticos para oponerse a protecciones liberales, que en la práctica solo benefician a ciertos grupos, ganará resonancia y legitimidad popular. Esta realidad está en la base del apoyo masivo de prácticas que van desde las políticas de mano dura contra el crimen hasta el autogolpe de 1992 en el Perú, que fue defendido explícitamente en términos democráticos y que recibió, como señala Dargent, un apoyo popular masivo (p. 46). La efectividad de los demócratas precarios, irónicamente, podría depender de su capacidad de apelar a los demócratas verdaderos en las sociedades de América Latina.

Hillel Soifer  
*Temple University*